

# LA LECTURA POPULAR

PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

A petición de varios suscritores nos proponemos dar á luz á la mayor brevedad un librito con la coleccion de los artículos originales publicados en LA LECTURA POPULAR por su Director.

Para calcular el número de ejemplares de que habrá de hacerse la edicion, regamos á todas las personas que deseen adquirir dicha coleccion, nos le avisen, si es posible, antes del dia 15 del próximo mes de Junio.

El libro costará próximamente una peseta, y por cada diez ejemplares que se tomen se dará uno gratis.

## EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Dentro de cuatro dias se celebrará la fiesta de la Eucaristia. Con este motivo, la impiedad moderna tendrá ocasion de levantar el grito, y blasfemar de lo que no cree porque no lo vé. Mas preguntamos nosotros: ¿Si lo viera lo creería?

Seguramente que nó; porque así como no hay peor sordo que el que no quiere oír, tampoco hay peor ciego que el que no quiere ver. Esa incredulidad que no tiene inconveniente en admitir la primera paparrucha científica que quiere administrarle cualquier danzante en letras ó comerciante en palabras, se niega á admitir lo que afirman testigos que han sellado su testimonio con una vida de santidad, de pureza, de abnegacion y de sacrificios. ¡Ceguera incomprensible!

Mas dejemos á la desdichada que haga su camino, y hagamos nosotros el nuestro complaciéndonos en recordar algunos de los grandes prodigios con que N. S. Jesucristo se ha dignado consolar á los amantes de su inefable misterio.

Materia hay para llenar muchos libros; pero nos contentaremos con ligeros recuerdos.

Una de las más célebres apariciones de Cristo en la Sagrada Hostia, fué la que acaeció en tiempo de S. Luis Rey de Francia. Duró tanto espacio, que dió lugar á que fuera á llamar al Rey para que la presenciara. S. Luis sonrió tranquilamente, y dijo: *No necesito ver para creer lo que creo con más seguridad, que si lo viese.* ¡Sublime contestacion digna de aquel hombre!

También á Santa Ida se apareció N. S. tres veces en forma de niño, cada vez de mayor estatura; y en pos de cada una de esas mercedes, aquella santa se sintió inundada durante cuarenta dias de gozo interior. Santa Verónica de Binasco vió con ojos corporales á Jesucristo circundado de coros angélicos.

Vaulem, religioso de la Orden del Cister, vió en la Hostia al Niño Jesus llevando en la mano una corona de oro con engarce de piedras preciosas, vestido de una túnica más blanca que la nieve, y mostrando rostro sereno y mirada refulgente. También á Pedro de Tolosa se le apareció maravillosamente hermosísimo el Niño-Jesus, en el momento de elevar la Sagrada Hostia celebrando el Santo Sacrificio de la Misa; y aunque atemorizado por aquella vision cerró los ojos, continuó N. S. mostrándosele, y lo mismo le sucedió cuando hubo vuelto la cabeza, pues; adonde quiera que mirase, veía el Niño-Dios posado, ora en la mano, ora en el brazo del digno sacerdote, repitiéndose este milagro todos los dias durante tres ó cuatro meses. A otro sacerdote de Moncada (reino de Valencia) que andaba atribulado por dudas acerca de la validez de su ordenacion, sucedióle que celebrando Misa un dia de Navidad, y en el momento de elevar la Hostia, una niña de cuatro años y medio que asistía al Santo Sacrificio vió en manos del celebrante al Niño-Jesus en lugar de la Sagrada Forma. Encargó el sacerdote á la niña que mirase con más atencion al dia siguiente, y se renovó el prodigio. No satisfecho con esto, otro dia tomó del altar tres formas, consagró dos, comulgó con una de ellas y presentó las otras dos á la niña; la cual sólo en la que estaba también consagrada vió á Jesus, no viendo nada en la que no lo estaba.

Análogas visiones se refieren acaecidas á Santa Angela de Foligno, á San Hugo de Cluny, á San Ignacio de Loyola, á Santa Lidwina, á Dominica del Paraiso, y á otros siervos de Dios. Santa Catalina de Siena vió multitud de veces, y bajo diferentes formas, á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento; pero casi

siempre rodeado de ángeles que tenían suspendido un cendal de oro, símbolo del augusto misterio, y en medio de ellas una hostia con la imágen de un niño; otras veces veía grupos de ángeles y santos adorando á Nuestro Señor en el altar; otras se le aparecía Jesus rodeado de aureola de fuego, y ella misma se sentía entónces como anegada en un piélago de llamas, junto con el sacerdote y el Salvador de los hombres, sucediendo no pocas veces que la luz irradiada del altar iluminaba todo el templo. Por último, un dia, en el momento de dividir el celebrante la sagrada Forma, vió aquella santa el cuerpo de Nuestro Señor todo entero en cada fraccion. Es de notar que en todas estas visiones Jesus se le aparecía siempre de diversa edad.

Maria de Oignies veía también muchas veces en el momento de la elevacion de la Sagrada Forma á Nuestro Señor en figura de niño circundado de ángeles; y cuando el celebrante comulgaba, sentía ella penetrar Jesucristo en su alma, é inundarla de esplendor maravilloso; otras veces le veía en figura de paloma, y por lo comun, en cada fiesta especial de Nuestro Señor veíale revestido de forma correspondiente al especial misterio que se conmemoraba: por ejemplo, en Navidad, le contemplaba recostado en el regazo de Maria Santísima, y en la fiesta de la Purificacion, en brazos del santo Simeon.

Otras veces nuestro Señor se ha mostrado visible á toda una asamblea de fieles, como refiere Catimpré haber sucedido en la iglesia de Saint-Amé, en Douai (Francia), cierto dia que habiéndosele caído de las manos la Hostia al sacerdote celebrante, y mientras éste con ansia piadosa se arrojaba para recogerla del suelo, la Sagrada Forma se levantó por sí misma, y fué á colocarse en los corporales: el sacerdote llamó inmediatamente á los canónigos para que, juntos con todo el pueblo, presenciasen el milagro que se obró entónces, y fué mostrarseles un hermosísimo niño recostado sobre el altar.

La mística atraccion que el Santísimo Sacramento ejerce con los Santos, es recíproca, pues á su vez ellos la ejercen con el Santísimo Sacramento. Muchas veces se le vió como saltar del copon y de manos del sacerdote para ir á posarse en la boca de Verónica de Binasco. Arrebatada en éxtasis Santa Teresa de Jesus cierto dia que iba á comulgar, se levantó á tal altura del suelo que el sacerdote no alcanzaba á darla la sagrada Forma; pero ésta saltó súbitamente de entre sus dedos, y fué á posarse en la lengua de Teresa. Igual merced fué concedida á Isabel de Jesus, de quien se refiere que habiéndola mandado su confesor abstenerse, por via de mortificacion, del sagrado banquete, logró también, cierto dia que estaban comulgando sus hermanas religiosas, que una de las Formas saltase de manos del sacerdote á los labios de ella. Refiere el beato Raimundo de Capua que, recién llegado él de cierto viaje, mostróle Santa Catalina deseos vehementísimos de que la diese la Sagrada Comunión; que cansado como estaba de su jornada, habria preferido aplazar hasta el dia siguiente el cumplimiento de aquel deseo; pero que apremiado por las instancias de la Santa, desde luego se puso á celebrar; y llegado que hubo al momento de darla la Comunión, vió resplandecer su rostro como de ángel, y dijo interiormente al Santísimo Sacramento: «Id, Señor, volad á vuestra esposa»; tras lo cual, efectivamente, en el momento que iba á tomar en sus manos la sagrada Forma, la vió salir como disparada flecha y posarse en los labios de Catalina. El mismo sacerdote refiere haber oído á personas de uno y otro sexo, plenamente fidedignas, que muchas veces habian visto del propio modo la Hostia volar á los labios de aquella Santa cuando iba á recibir la Sagrada Comunión. Otro sacerdote refiere también que varias veces, al dar la comunión á San Hipólito, vió la Hostia saltársele de las manos, como si el Santo fuese un iman, y la Sagrada Forma acero; añadiendo que en aquellas ocasiones el rostro de Hipólito, enrojado y como ardoroso antes de recibir á Nuestro Señor, tornábase después de recibirle como el ampo de la nieve. Cierta dia que Simon de Alna se habia acercado á comulgar, cayósele al sacerdote de las manos al suelo la sacra Forma que habia de administrarle; y cuando iba á arrodillarse para recogerla, rogóle Simon que aguardase un instante hasta que él hubiese preguntado á Dios si por ventura era aquello señal de que le juzgase indigno de hospedarle en su seno: no bien lo hubo dicho, cuando la sagrada Forma se levantó por sí misma del sue-

lo, y fué á posarse en la boca de Simon.

Nuestro Señor mismo, como tambien sus ángeles y santos glorificados, han administrado muchas veces la Sagrada Comunión. Sobre esto tenemos un bello y edificante ejemplo acaecido á Santa Juliana Falconieri, y bien que sea pasaje histórico muy conocido del público piadoso, parécenos del caso reproducirle aquí. Atacada de mortal dolencia, gemia sin consuelo aquella santa, porque, habituada como habia estado toda su vida á frecuentar el augusto Sacramento, veíase impedida de recibirle como Viático, á causa de vómitos incesantes que la atormentaban. Piadosamente trataban de consolarla su confesor y las demas personas que la asistian, instándola á que se acordase del desamparo padecido por Nuestro Señor en la Cruz, y se resignase á la voluntad de Dios, ofreciéndole aquellas vivas ansias de recibirle y satisfaciéndolas de este modo en parte, pues que otra cosa no la era dado hacer. Consolada, en efecto, con estas reflexiones la moribunda, y despues de recibir con inequívocas señales de humilde acatamiento la Sagrada Extremaunción, dió una vuelta, dice el autor de este pasaje, en su reducido lecho, y olvidando entonces extraordinariamente gozosa las ansias de su agonía, empezó á conversar dulcemente con su ángel custodio y á demandarle fervorosamente asistencia en aquel terrible trance. Empleando así en estos devotos ejercicios aquellos sus instantes postreros, aparécensela de súbito tropas de ángeles que la visitan en figura de blancas palomas, y con ellos Jesucristo mismo, que, bajo la forma de un hermosísimo niño, la ciñe diadema olorosa de flores del paraiso. «¡Oh, Jesus mio! exclama entonces con lágrimas y gemidos! ¿será posible que se me niegue verte al ménos, ya que no me es dado recibirte en tu adorable Sacramento? Tráiganmele por caridad, y pónganle junto á mi lecho. ¡para que siquiera yo le vea!» El Padre Giacomo, capellán de las religiosas, aprobó este deseo de la Santa, y tiernamente codicioso de darla al ménos aquel consuelo espiritual, mandó traer la Sagrada Hostia para que la adorese Juliana; la cual, tan luego como la tuvo presente, ardiendo en llama de amor, intentó varias veces arrojarla del lecho para adorarla; pero con gran pena suya, no lo pudo hacer al pronto por su extrema debilidad, hasta que recogiendo al fin sus fuerzas, y como arrastrada por secreto irresistible empuje de su ardiente amor, logró sacar fuera de su jergon el cuerpo, lo bastante para dar con la faz en tierra, y allí, tendidos los brazos en cruz, adorar humildemente á Jesus Sacramentado. En aquel momento mismo, su rostro pálido, demacrado por largos y crueles padecimientos, recobró los colores sonrosados, y resplandeció como de ángel, mostrando en todas sus facciones el ardoroso anhelo de alimentarse de aquel pan celestial que tenia delante. Y como es propio del amor no sentirse satisfecho hasta poseer plenamente el objeto amado, Juliana no podia ménos de seguir ideando todos los medios posibles de indemnizarse de la penosa privación á que se veía sujeta; por lo cual pidió venia para besar con humilde acatamiento la sagrada hostia. Negándole el sacerdote este consuelo, pidióle que siquiera unos instantes la dejase poner sobre su seno el cuerpo de su amado Jesus; y tanto y con tales ansias y suspiros demandó esta gracia, que el sacerdote, enternecido, y sobre todo, movido por el conocimiento que tenia de las muchas virtudes de la moribunda y por aquel espectáculo de amor tan piadosamente inflamado, la concedió lo que pedia. Tan luego como hubo aplicado al casto seno de la santa virgen el Santísimo Sacramento, ella, consumida de amor y reconcentrando con supremo esfuerzo los escasos alientos vitales que la restaban, exclamó: «¡Oh, mi dulce Jesus!» y dichas estas palabras, espiró dulce y serenamente. Pero en el acto de exalar el último suspiro, vióse desaparecer la sagrada forma y hundirse como dardo de fuego en el seno de la doncella, dejando impresa en él una señal semejante al Crucifijo grabado en la Hostia, cual si de este modo Jesus hubiera querido hacer patente que despues de fortalecer á su virginal esposa en el trance de muerte, habia querido, además, acompañarla al cielo.

Innumerables serian los ejemplos que tendríamos que citar si hubiéramos de recordar todos los prodigios con que Dios ha patentizado, ante los hombres, la presencia real de su Unijénito en la Eucaristia. Pero no la prueban solo los milagros. La verdadera prueba está en las palabras de Jesucristo: «Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. Tomad y comed, este es mi cuerpo.»

Baste lo dicho para despertar nuestra devoción, que nunca como en la próxima festividad del Corpus debemos hacer pública, acompañando solemnemente á Cristo en las procesiones, que la invasora impiedad no ha podido evitar aun se celebren en España. Tal vez lo logre algun dia; pero mientras ese dia no llegue, que no nos quede, al menos, el sentimiento de haber hecho con Jesus lo que esos hijos miserables que, por mejor parecer, llegan hasta la vileza de avergonzarse de su mismo Padre.

## POLVOS Y LODOS.

(Continuacion.)

III.

A la mañana siguiente era ya la una, y aun no se habia levantado Manolo; mas no por eso dormia. Recostado desde el amanecer en los almohadones de su lecho, fijaba su hoscámirada en el suelo, y quizá por primera vez en la vida daba entrada su espíritu á la reflexion, fuerte y poderosa palanca del bien, si la conciencia le sirve de punto de apoyo. Atraíale esta luz clarísima dentro de sí mismo; mostrábale el precipicio que la pasión le habia ocultado, y sacudia las fibras de su alma, despertando los últimos restos de pundonor y de vergüenza que en ella quedaban. Horrorizábase entonces de haber intentado pagar una deuda con un robo; queria á todo trance hallar un arbitrio que le pusiese á cubierto de la ruina y la deshonra, y afanábase por combinar un plan de vida tranquila y morigerada. Mas en vano tiraba cálculos y trazaba planes: anegada su razon en un mar de ideas opuestas, parecia oscilar, como una luz que se apaga, dejando tan sólo claras ante su vista aquella estaca del artesano que se levantaba amenazándole, y aquel cortinaje de seda que se movia cual un testigo que le acusase. Furioso entonces Manolo se revolcaba en su lecho, y mordía las almohadas desesperado... De nuevo volvía á todas partes los ojos, y de nuevo dirigía á todas partes sus pensamientos, y de nuevo tornaba á encontrarse encerrado en aquel círculo de ignominia en que le apasionaban sus deudas y su deshonra... ¡Tan sólo el infeliz no elevaba sus ojos al cielo, cuya misericordia nadie le habia mostrado! ¡Tan sólo no los levantaba á Maria, remedio de todas las angustias, á quien nunca le enseñaron á llamar *Madre!*...

Pasaban entonces en su imaginacion, cual sombras fantásticas, aquellos ya lejanos dias de ventura, llenos de opulencia y de goces, añadiendo á su angustia la amarga angustia del bien pasado que en la desgracia se recuerda; uniendo á su dolor, el merecido dolor del bien que por nuestra culpa se llora perdido... Dolor sin remedio, dolor punzante cual ninguno, que despierta ya en el alma del que lo sufre, algo de la impotente rabia del condenado!

—¡Ah! decia el infeliz sollozando: Si yo supiese ganarme la vida! Si yo tuviera fuerza de voluntad para vencerme!... Si desde niño hubieran castigado mi insolencia y domado mis caprichos!... ¡Ay! Mi padre no quiso que un ayo me reprendiese, y hoy me abofetea un villano... Mi madre no consintió que un profesor me amenazara, y hoy me amenaza un presidio!...

Y el infeliz Manolo ocultaba el rostro en las almohadas llorando como un niño, sin consuelo de los hombres, á quienes no osaba confiar sus penas; sin consuelo de Dios, á quien no le habian enseñado á invocar nunca!... ¡Ah! si aquel padre, si aquella madre, hubiesen podido contemplar desde la eternidad el dolor y la ignominia de aquel hijo de sus entrañas, cuan prudente hubiérase juzgado la prevision de esos otros padres ricos, opulentos, Grandes, que no se desdeñan de dar á sus hijos una carrera que les asegure ese mañana, siempre y hoy más que nunca incierto! ¡Cuán saludable esa severa disciplina de colegio, que acostumbra al niño á la obediencia y al trabajo, para preservar al hombre de la ociosidad y la soberbia! ¡Qué profundo aquel dicho de Luis XIV, cuando arrastrado por su fogosidad nunca domada, á un acto de cólera indigno de un rey, exclamaba desolado: «¿Pero no habia varas en mi reino cuando yo me educaba?...»

Un golpe dado á la puerta de la alcoba vino á sacar á Manolo de sus amargas reflexiones. Al oírlo se incorporó de un salto en el lecho, con esa zozobra compañera siempre de la mala conciencia, y no se atrevió á contestar. Abrióse entonces la puerta y entró su ayuda de cámara con una carta. Manolo miró por todas partes aquel sobrescrito cuya letra no conocia: decidióse al fin á romper el sobre, y cuatro mil reales en billetes de banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entences que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

«Conozco las luchas de la vida, y sé cuán peligrosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permitame V., pues, que le ofrezca el mio, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede V. solicitar en el ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuacion de que le será concedido; y por si acaso se encuentra V. al presente en alguno de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permitame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre V. en disposicion de hacerlo.»

«No es el trabajo lo que deshonra, mi buen amigo: ánimo pues, y escuche mientras tanto un leal consejo, que si en algo le punza es tan sólo para curarlo. Difícil es ser pobre con decoro, á quien fué quizá rico con orgullo; pero si quiere V. que esto se le haga fácil, practique sus deberes religiosos, y bien pronto echará raíces en su alma esa fuerte hija de la fé que se llama conformidad cristiana.»

Manolo leyó y relejó esta carta, y fuera de sí de alegría se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacía aquel bienhechor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina que le tendía la mano, brotase en su corazón egoísta, y como tal ingrato!... Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que buscaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja Condesa hubiese descubierto su robo. ¿Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran éstas de seda, y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la Condesa al pasar por allí cuando se despidió de Manolo; y el grito... ¡ay! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofrío media hora antes; le parecía entonces, sin duda de ningún género, que debió de ser tan sólo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que desde luego debió de ocurrírsele: que quizá la misma Condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque común á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!... Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana... Esta carta tiene que ser de algún buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siempre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre, y se encaminó con la mayor frescura á casa de la Condesa.

—¡Audacia! ¡audacia! se decía para acallar aquellos temores que á medida que se acercaba al palacio de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo... Si algo sospecha, mi audacia la desorienta... Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar, ó el de pedirle perdón, confesándole mi culpa... Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestíbulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaqueáronle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre Condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme en el gabinete, y... vió que la Condesa le tendió la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto, asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo á pique de venderse; contúvose sin embargo, y alegre y chancero como nunca, se puso á bromear con los otros convidados que aquel día tenía la Condesa. Esta por su parte le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella misma las famosas *côtelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vas á la ópera, Manolo?

—A lo menos iré al terceto, respondió éste; cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas á hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la Baronesa, porque hoy le toca su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro repitiendo casi en voz alta:

—¡Nada sabe! ¡nada sabe!... ¡Me he salvado!

Al volver á su casa á las altas horas de la noche, como tenía de costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que antes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia,

esencia favorita de la Condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

—¡Imposible que sea ella! exclamó Manolo, tirando la carta con rabia. Si así fuera, sería esa mujer el demonio del diámullo!...

¡Y no se le ocurrió decir al ingrato, el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo á la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado: había de pagar ántes que nada su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había despues de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un Consulado en Rusia, único país de Europa que no había visitado; y allí, viviendo tranquilamente de su sueldo iría pagando poco á poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas fríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo con los billetes en el bolsillo á pagar él mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión á algún criado, se compensase éste con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detúvose para dejar franco el paso á un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

—¡Manolo! gritó éste deteniendo el coche. ¿No vienes al Hipódromo?

—No, no puedo! respondió Manolo, alejándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche, á seis ó siete de sus elegantes camaradas.

—¡Mira!—¡Manolo!—¡Ven acá!—¡Vamos á las carreras! gritaban los del coche. Uno de ellos echó pié á tierra y lo cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez todavía lacrada, y echándosela á la cara, cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

—¡O vienes, ó disparo!...

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el jóven que guiaba, y le dijo en alemán, con cierto tono incisivo:

—¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta, hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *El Marques del Ochoavo*, le irritó de tal manera, que contestó también en alemán, con una arrogancia digna de su futuro Consulado:

—¡Cuantas quieras te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora despues de tomado el *lunch*, había perdido ya Manolo los tresmil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía además á cierta Marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportmen*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinientos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la Marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la Compañía de Bufos!...

¡Cuan poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa gracia divina que las sombras del pecado ahuyentan del alma!

(Se continuará.)

LUIS COLOMA, S. J.

(Mensajero del Corazón de Jesús.)

## VARIEDADES.

### LA UNIDAD EN LA TRINIDAD, LA TRINIDAD EN LA UNIDAD

En la naturaleza, en la ciencia, por todas partes aparece este dogma inefable. Tracemos algunos rasgos de esta verdad tomados de la excelente obra *La Ciencia Sagrada* del Prébitero Sr. Bexseaux, tomo 2.

En la sociedad espiritual, Jesucristo, la Iglesia, y los fieles.

En el alma humana el ser, la inteligencia y el amor. Somos, conocemos y amamos.

El fondo de nuestra alma comprende la idea del ser, la voluntad de poseer el ser ó el deseo de la beatitud, y el primer sentimiento, el sentimiento de nuestro cuerpo.

Tres son las operaciones de la inteligencia, idea, juicio, raciocinio.

La idea comprende sujeto que percibe, objeto que percibir, percepción ú objeto percibido.

Todo juicio supone sujeto, verbo y atributo.  
El raciocinio comprende tres proposiciones, la primera ó mayor que enjendra la segunda ó menor, y la tercera ó conclusion que nace de la mayor y de la menor.

El ser es en si mismo, espiritual, material, ó mixto.  
Todo ser tiene su substancia, su forma, su orden, y se muestra á nosotros bajo tres cualidades, bueno cuyo tipo es el Padre, verdadero cuyo tipo es el Hijo ó el Verbo, y bello cuyo tipo es el Espíritu Santo.

El mundo material comprende tres especies de seres, minerales que son, vegetales que son y viven, y animales, que son, viven y sienten.

Los espíritus celestes se dividen en tres gerarquias, cada gerarquía en tres órdenes.

El ser considerado relativamente, es causa, medio ó efecto. Considerado como sucesivo, es pasado, presente, futuro. En la gramática hay tres pronombres, yo, tu, él; mi, tu, su; i. i. tu, él; mio, tuyo, suyo; nosotros, vosotros, ellos.

Hay tres terminos: sustantivo, adjetivo y verbo. El sustantivo, es masculino, femenino y neutro. El adjetivo, positivo, comparativo y superlativo. El verbo, activo, pasivo y neutro.

En las ciencias matemáticas.—La Aritmética comprende tres operaciones fundamentales: numeracion, adición y sustraccion.

Todo cuerpo tiene tres dimensiones, longitud, anchura y profundidad. Las magnitudes geométricas son tres; línea, superficie y volumen.

La línea es recta, quebrada ó curva. La línea recta es vertical, horizontal ú oblicua. Dos líneas forman tres ángulos, tres lados, tres vértices. Todo polígono es divisible en triángulos, como todo numero es descomponible en números triangulares.

Todo círculo tiene centro, radio y circunferencia. La mecánica tiene tres grandes divisiones. Estática ó ciencia del equilibrio, cinemática ó ciencia del movimiento, dinámica ó ciencia de las fuerzas, causas del movimiento.

Las leyes del mundo planetario son tres: ley del movimiento elíptico al rededor de un centro de atracción, ley de las áreas y ley de los tiempos de revolución.

La química es regida por tres leyes correspondientes á la acción de Dios que lo ha hecho todo con número, peso y medida: la ley de las proporciones múltiples, la ley de los equivalentes, la ley de los volúmenes.

Todos los cuerpos objeto de la física ó química son sólidos, líquidos ó gaseosos.

Las formas cristalinas se reducen á tres tipos, tetraedro, cubo y rombo.

En acústica tres son los elementos del sonido: sonido, intensidad y tono; y tres sus notas fundamentales, dominante, tercera y quinta, que forman perfecta armonía.

Los instrumentos de música son de viento, cuerda ó percusión. En fisiología y psicología hay tres grandes objetos que estudiar, el cuerpo, el alma y la unión de cuerpo y alma.

La vida depende de tres órganos, estómago órgano de la potencia, cerebro órgano de la inteligencia y corazón órgano de los afectos ó del amor.

La familia está constituida por el padre, la madre y el hijo. La sociedad civil lo está por tres cosas, el poder, el ministro y el súbdito.

Podríamos multiplicar aun mucho más estas comparaciones; pero bastan las expuestas para probar que la Trinidad en la Unidad es ley esencial de la naturaleza. ¡Gloria, pues, al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos!

## LA VIDA.

### DÉCIMA.

Lloramos cuando nacemos,  
cuando jóvenes lloramos;  
y si á la vejez llegamos  
también lágrimas vertemos.  
Doquier la vista tendemos  
solo nos ofrece el mundo  
tristeza y dolor profundo:  
¿qué es, pues, la vida? un gemido  
que empieza un recién nacido  
y concluye un moribundo.

Saturnino Rodriguez.

### La desigualdad social.

La desigualdad social es indispensable; porque habiendo de haber quienes obedezcan; y siendo por otro lado muy desigual la aplicación de los hombres, el talento y demás medios de procurarse las cosas necesarias á la vida, necesariamente han de tener unos más que otros. Para que haya buena armonía, el remedio está, no en suprimir esa desigualdad, sino en hacer que no sea ocasión de malestar y desesperación, y que cada uno viva contento con su suerte.

Mas aun: no pudiendo establecerse el nivel social sabiendo todos, la religion hace que se bajen los altos, para que todos estén iguales.

Inspirándose en el Evangelio, el rico socorre al pobre, el sabio instruye al ignorante, el superior trata con bondad al súbdito; y por consiguiente el inferior respeta á sus superiores, estableciéndose la igualdad de ánimos, sin desaparecer del todo la desigualdad social.

### Como es la vida es la muerte.

Barrios, el presidente de Guatemala, que acaba de morir en la primera batalla de la guerra suscitada por su ambición, tenía 55 años, era astuto y cruelísimo. Llevaba doce años de presidente y se había conquistado con justicia el nombre de Neron americano. En 1877 hizo morir por azotes 17 personas: el año pasado fusiló á 300.

Barrios era un perfecto mason, muy liberal, que habia expulsado de Guatemala á los jesuitas y perseguido á la Iglesia.

Tomen Vds. nota.

### El trabajo.

Baja y ruinmente piensan del trabajo los que solo le consideran como medio de ganar riquezas, comodidades y honores. No es su origen la miserable codicia, ni su fin propio la satisfacción de los apetitos brutales, en que se quiere hacer consistir el bien supremo.

La causa y el principio del trabajo es el precepto de Dios; su fin inmediato es satisfacer nuestras necesidades, y el remoto el perfeccionamiento del hombre. Pero como el perfeccionamiento del hombre tiene por fin último el que, haciéndose cada vez ménos imperfecto, se acerque más á Dios, de aquí resulta que el fin último del trabajo, como el de todas las obras del hombre y el del hombre mismo, no es sino servir á Dios en esta vida para gozarle en la otra.

(De la *Entrada en el Mundo*).

### EL PADRE Y EL HIJO.

Antes siendo un animal,  
Ibas á arar a mi lado  
Y ganabas un jornal.  
Hoy, gracias al diñeral  
que el título me ha costado,  
Eres todo un apogado  
Y nunca ganas un real.  
¡Mira tú si hemos ganado...!  
Tú inútil, y yo arruinado,  
¡Merecemos un ronzal.

V.

La Biblioteca *La Verdadera Ciencia Española*—Barcelona, Angeles 14—nos ha remitido, como suele puntualmente en sus suscripciones, el tercer tomo de la interesante BIBLIA, que desde principios de este año viene publicando.

Nuestros lectores recordarán la recomendación que de esa obra tenemos hecha y no hemos de repetir los merecidos elogios que la hemos tributado. Basta solo abrir el libro, y la acertada elección de los textos y el esmero en la tipografía se imponen para juzgar esa edición de los *Sagrados Libros*, como la más importante que tenemos en España, y como la más necesaria hoy, para cuantos no quieran en asunto tan trascendental estar solo á lo que opinaban los sabios del siglo decimo octavo, que no tuvieron la desgracia de haber de combatir los errores surgidos en esta época de desprecio á la Revelación.

Hemos visto además, las varias encuadernaciones en esa obra empleadas; la encuadernación de pasta, la de lujo, y la de pergamino no menos lujosa, y todas acreditan el buen gusto y el esmero que en todo pone, para la propaganda católica, dicha casa editorial.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2 » »	2 50
Un cuarto id.	1 » »	1 25
Un octavo id.	50 cents.	

Por medio de corresponsal 25 cents. de peseta mas por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.